

CONTESTACION DEL R. P. RECTOR DEL COLEGIO DEL SALVADOR

Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico de Su Santidad.

Señor Representante del Ministro de J. e I. Pública.

Queridos Exalumnos y Compañeros de Colegio:

Me insinúa quien puede mandarme, que agradezca este simpático homenaje de gratitud que los exalumnos del Salvador tributan a los superiores y maestros de este establecimiento, al cumplirse el 75º aniversario de su tercera apertura. No sé si al hacerlo podré prescindir de que yo también soy exalumno que debo gratitud al querido Colegio; pero como el rector y el exalumno deben coincidir en el amor a su Colegio, dejaré que inspire mis palabras más el corazón que la inteligencia y quizá logre así cumplir como rector y como exalumno.

En nombre, pues, del Rdo. P. Provincial, la más elevada autoridad de la Compañía de Jesús, en nuestras regiones y en nombre de los superiores, profesores y prefectos de este Colegio, nuestro más hondo agradecimiento por este grandioso y magnífico testimonio de gratitud y reconocimiento. Nuestro más sincero agradecimiento al Dr. Cafferata por las palabras saturadas de amor con que en nombre de todos los exalumnos lo ha ofrecido; y nuestro agradecimiento más vivo por esos bellos pensamientos que habéis querido queden grabados en ese bronce, que recordará a las generaciones por venir este fausto aniversario y vuestra noble gratitud.

El 1º de mayo de este año 1943 se cumplieron 75 años de la tercera apertura del Colegio del Salvador. Digo de su tercera apertura, porque su longevidad es mucho más diuturna y venerable.

En 1617 los religiosos de la Compañía de Jesús, abrieron el primer Colegio de segunda enseñanza que hubo en la ciudad de Buenos Aires, en lo que es hoy plaza de Mayo, entre la Casa Rosada y la Pirámide. Hace, pues, 326 años que en otro local más modesto y con otro nombre (Colegio de Loreto primero y del Beato Ignacio, después) abrían a la niñez y juventud porteñas, los religiosos de la Compañía de Jesús, el actual Colegio del Salvador. Exceptuado el célebre Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, que desde 1610 tenía sus aulas abiertas, ninguna otra institución educacional argentina, puede gloriarse de tan prolongada vida docente, como no puede gloriarse de haber dado a la Patria tantos y tan preclaros ciudadanos.

En 1661 se iniciaron las obras de un Colegio más suntuoso y de una amplísima Iglesia. Esta, restaurada, se conserva como preciosa reliquia colonial, y es la de San Ignacio. El Colegio desapareció y en su solar está hoy el Colegio Nacional Central o Buenos Aires, en la actual calle Bolívar entre Alsina y Moreno.

En ese Colegio y en su tarea de educadores sorprendió a los jesuitas de Buenos Aires, en el año 1767, el vandálico decreto de Carlos III que los expulsaba de todos sus dominios. Menéndez y Pelayo, escribe, que este decreto "produjo en las gobernaciones del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán mayor trastorno que en lo restante de América. En otras partes, diversos elementos de cultura, pudieron llenar en alguna medida, el vacío causado por la supresión de los regulares de la Compañía de Jesús; pero en las provincias argentinas no había más educadores que ellos. Buenos Aires empezaba a ser un centro comercial, pero no se había despertado aún a la vida literaria, no tenía ni imprentas, ni escuelas. Los jesuitas eran los únicos que habían bosquejado la historia religiosa y civil del país. Si existían mapas especiales del territorio, a ellos se debían; e imperfectos y todo, eran los únicos que habían servido de base para el arreglo de límites con los portugueses en 1750. Los jesuitas eran los únicos exploradores de la flora y la fauna argentinas, y no habían faltado entre los jesuitas cultivadores de los estudios amenos".

A los hermanos de esos jesuitas desterrados, que fueron los primeros educadores y cultivadores de las ciencias y las letras, en nuestra Patria, llamó en 1836, con un acto de justicia, la Federación Argentina y les entregó su propio Colegio de San Ignacio, de donde habían sido expulsados en 1767 por el decreto de Carlos III. En 1841 hubieron de abandonar aquel histórico Colegio, para volver en 1868 a establecerlo en la avenida Callao, donde durante 75 años han seguido los mismos directores y los mismos profesores de 1617 y de 1836, con los mismos métodos pedagógicos y con los mismos principios científicos y espirituales que son propios de la Compañía de Jesús y de su Ratio Studiorum.

El nuevo Colegio no se llamó de San Ignacio, porque con ese nombre, la población bonaerense distinguía al Colegio Nacional que se había instalado en el antiguo edificio de los jesuitas, después de su última salida, y no queriendo éstos, ni despertar recelos, ni encender aversiones, lo llamaron "El Salvador" dedicando a Jesucristo, Dios y Hombre, Salvador de los hombres.

Como en 1836 la Federación Argentina haciendo un acto de justicia llamó de nuevo, a los que habían sido educadores de las primeras juventudes argentinas, así el gobierno actual de la Nación, haciendo un acto de justicia se une a nuestro júbilo por medio del siguiente decreto que os pido oigáis con respetuoso silencio.

Aquí leyó el P. Rector los considerandos del decreto y luego la parte dispositiva que el público oyó de pie.

Este decreto nos obliga a los religiosos de la Compañía de Jesús que dirigimos el Colegio del Salvador a dedicarnos con renovada abnegación, y en estrecho abrazo con nuestro hermano mayor el Colegio de la Inmaculada Concepción de Santa Fe, a la educación integral de la juventud argentina, a fin de que esos jóvenes sean mañana los artífices de una Patria grande, austera y respetada.

A N D R E S F . L I N A R I , S . J .

Rector del Colegio del Salvador